

El Fantasma

Miguel Ángel Moleón / Beatriz Tormo

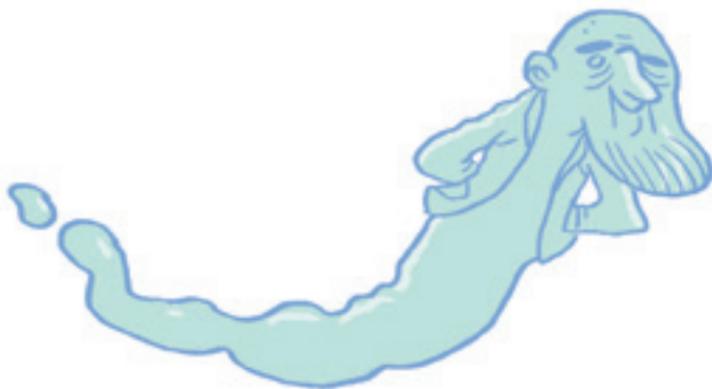


Fundación **MAPFRE**

El fantasma

Miguel Ángel Moleón Viana

Ilustraciones de Beatriz Tormo



Fundación **MAPFRE**

Edición especial para el proyecto educativo de prevención
y seguridad vial de Fundación MAPFRE

Coordinación técnica de Fundación MAPFRE
Coordinación editorial: Carla Balzaretto Flores

Edición: Carolina Pérez Gutiérrez
Diseño de cubierta e interiores: Jonás Gutiérrez
Maquetación: Paco Sánchez
Texto: Miguel Ángel Moleón
Ilustraciones: Beatriz Tormo Martín

© De la primera edición, agosto 2013:
Fundación MAPFRE y Ediciones SM

© De la presente reimpresión:
Fundación MAPFRE
Paseo de Recoletos, 23
28004 Madrid. España
www.fundacionmapfre.org

Depósito legal: M-33690-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus
titulares, salvo excepción prevista en la ley.
Material gratuito. Prohibida su venta.

1.

YO no me lo acababa de creer.

Pero era cierto: allí nos encontrábamos, a las puertas de la casa de los abuelos, con nuestras maletas en el suelo, como el abogado Renfield a las puertas del castillo del conde Drácula.

Y, al igual que en mi adorada novela de terror de Bram Stoker, hacía una noche de perros: lluvia, relámpagos fustigando la oscuridad, truenos... la tormenta más tremenda que jamás había contemplado, con todo su aparato eléctrico y el viento que nos empujaba hacia el precipicio, al borde del cual se alzaba la casona de los abuelos. Parecía una película de terror de serie B.

Y allí estábamos, sí señor, mis hermanos Rafa, Sara y Carla, con Manu, su adorado novio que no la dejaba ni a sol ni a sombra, y yo misma, Cristina.

Allí nos habían dejado plantados papá y mamá tan solo cinco minutos antes... antes de salir pitando en su Citroën Dos Caballos ya histórico, destartalado, y un poco *hippy*, pues tenía todo el chasis salpicado de margaritas.

–¡Adiós, queridos hijos! –nos gritaba papá, mientras sacaba las maletas del maletero y las tiraba de cualquier modo sobre la tierra empapada–. ¡Mamá y yo os vamos a echar mucho de menos!

Sí, nos iban a echar muchísimo de menos. Se iban a un crucero loco por el Mediterráneo para celebrar su no sé cuántos años de casados. Nos encajaban con los abuelos estrafalarios y nos iban a echar de menos... ¡Ja!

–¡No os preocupéis! –gritó mamá poniéndole a papá ojitos de enamorada–. ¡Enseguida os abrirán la puerta los abuelitos y estaréis a buen recaudo! ¡Nos marchamos pitando! ¡Que vamos a perder el barco!

A la velocidad que acababan de largarse, en plena colina tortuosa rodeada de bosques y de barrancos sin fondo, más que embarcar lo que parecía es que fueran a subirse a un cohete para ir a la luna.



Se sentarían en su filito de gajo de naranja, con los pies colgando hacia el firmamento, y se dedicarían el uno al otro arrullitos tiernos de enamorados... ¿A su edad? ¡Venga hombre! Que Carla con dieciséis años se los dedicara a Manu pase...

Pues ya estaba hecho. ¡Ea! Allí plantados nosotros y Manu. Cuatro hermanos de entre once y dieciséis años, y un Romeo de diecisiete... con mentalidad de ocho.

–Cristinaaaaaa... –me regañó Rafa, como adivinando mi pensamiento mientras miraba al novio de Carla con cara de pocos amigos. Él tampoco lo tragaba; era demasiado gótico para su gusto.

–Esta escena la he visto yo en alguna peli de terror... –susurró Sara.

Estábamos apañados, y empapados, en mitad de las vacaciones de Navidad, ante las puertas de la antigua casona de los abuelos, para pasar unos «días de relax», como había dicho mamá, o para «disfrutar de los abuelitos», como había dicho papá, sin quitar ojo a sus pasajes para el crucero por todo el Mediterráneo, a bordo del Regina Maris.

La madre de mi padre, o sea, mi abuela, se había quedado viuda cuando nosotros éramos muy pequeños. Y el padre de mi madre, de igual modo, enviudó cuando Carla era un bebé. El caso es que los dos viudos coincidieron en alguna fiesta familiar (¿o fue en el funeral de sus respectivas... parejas?). Ambos, que ya se conocían de antes, claro, se gustaron. Y no me extraña, pues los dos estaban chiflados por el esoterismo, los misterios del más allá, las ciencias ocultas y todo tipo de saberes *chiripitifláuticos*, exóticos y enciclopédicos relacionados con lo paranormal. De modo que se mostraron encantadísimos uniendo sus bibliotecas y sus chaladuras, y mudándose a la casona que más fama de maldita tenía en el pueblo. Justamente esa ante la que nos encontrábamos ahora mismo, empapados por la lluvia, muertos de frío, y sin deseos de que aquella puerta se abriera para que las tinieblas del interior nos engulleran sin remedio.

Y precisamente fue lo que ocurrió, después de que Sara llamara bien fuerte con una aldaba oxidada que sostenía una calavera a la que le quedaban pocos dientes.



Los golpes se perdieron en el interior. Y al poco, la puerta crujió y se abrió sola, dejando entrever solo oscuridad.

–¡Pasaaaaaaad! –se escuchó muy al fondo la voz de la abuela Marifina, con timbre de coleccionista de huesitos en botes con formol.

–¡Ya están aquí! –dijo el abuelo Atanasio–. ¡Adentro, adentro!

Tiritando de frío (y de miedo) dimos un paso adelante, dispuestos a cruzar el umbral. Manu se adelantó porque era el hombrecito mayor del grupo y tenía que dar la talla. Y nada más penetrar en la oscuridad, cargando tanto las maletas de Carla como su mochila, oímos:

–¡AAAAAAAAAAaaaaaaaaah!

Nos quedamos de piedra en la misma puerta. Y bajo la lluvia.

2.

MANU, engullido por la penumbra cavernaria del recibidor, parecía bailar una extraña danza apache, mientras gemía:

–Uuuuuuuuuuhú...

¿Qué le pasaba a Manu? ¿Eran aquellos espasmos el resultado de una dieta poco saludable?

–Hoooooooola, mis niños –nos decía una voz muy dulce que venía de la oscuridad–. ¡Qué grandes estáis! ¡Pasad! ¡No os quedéis en la puerta!

Era la abuela Marifina, toda redondita y sonrosada, que surgía de las penumbras alzando un candelabro con varias velas. Sobre las gotas de cera que caían al suelo, podría cualquiera practicar patinaje artístico. Le mostramos nuestra mejor sonrisa. Por su expresión, Rafa parecía estar pensando:

«¿Pero esta señora es nuestra yaya o nos la han cambiado? Parece salida de una película de miedo».

La abuela se lanzó a abrazarnos, y pude comprobar que el chal que llevaba, uno de croché y pelos de gato, olía intensamente a... ¿butano? Sí, sin lugar a dudas. Sara y Carla hacían esfuerzos por respirar entre sus brazos, Manu seguía quejándose y danzando a lo suyo. Y en ese instante apareció el abuelo Atanasio, más conocido como Atanas.

—¡A mis brazos, pitufillos! —gritó y luego miró a Manu—. ¿Es que le falta un tornillo a este?

El batín del abuelo también olía intensamente a butano.

Por fin, la luz del recibidor se encendió sola, temblorosa, amarillenta como los sueños de una polilla triste. La abuela Marifina apagó las velas del candelabro y todos pudimos comprobar por qué Manu continuaba danzando y gimiendo, con un par de lagrimones corriéndole por las mejillas. Había metido el pie en una trampa para ratones y no conseguía librarse de ella.

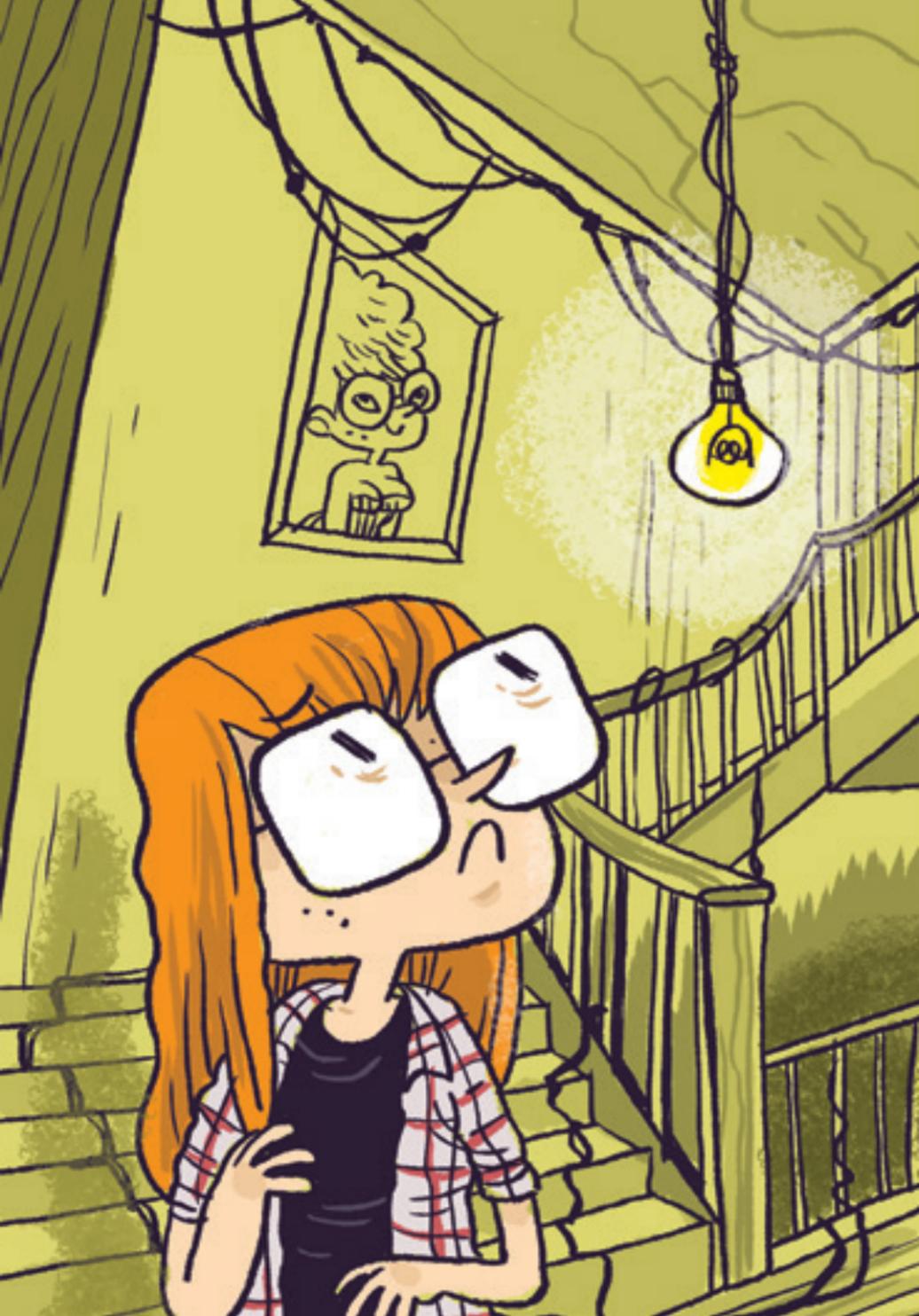
–Uy, uy... –gemía el muchacho– a lo mejor tienen que ponerme la vacuna contra el tétanos, porque esta trampa está oxidada... Madre mía, ¡me ha destrozado el dedo gordo!

–Eso es comenzar con buen pie... –dije, y a Rafa le dio un ataque de risa. Manu había perdido todo el *glamour* gótico.

Los abuelos nos colmaron de atenciones mientras murmuraban no se qué de una cena que ya estaba en los fogones.

Me quedé un poco rezagada del grupo, sin poder dejar de mirar el tendido eléctrico que corría por las paredes y alimentaba la bombilla temblorosa del techo, una centenaria que salpicaba chispas sobre las alfombras del recibidor. El cable chisporroteaba, dejando salpicaduras de plástico fundido sobre las paredes y olor a cable chamuscado.

Un poco antes de que la abuela me llamara, me sucedió algo inquietante. Y no me cabe la menor duda de que fue real. Tan cierto como que la bombilla volvió a apagarse y unas pequeñas llamas prendieron de inmediato sobre el paragüero donde pedían socorro unos paraguas desvencijados.



-¡Cristina! ¡Ven junto a la chimenea para secarte al calorcito del fuego! -me reclamaba el abuelo.



3.

–**N**I que hubieras visto un fantasma... –me dijo Manu, muy repuesto de lo suyo, al verme entrar en el salón.

–No bromeéis con eso –susurró el abuelo Atanas–. Esta casona es frecuentada por numerosos espíritus.

–No os quepa la menor duda –apuntó la abuela Marifina, con gesto grave–. Seguramente, más de un alma se nos ha quedado enganchada cuando hacemos una *ouija*.

–Sin ir más lejos –terminó de arreglarlo el abuelo–, hay algún espíritu que se dedica a fundirnos las bombillas. Y a dejar caer fuego de San Telmo sobre la alfombra.

Sí, sí. Fuego de San Telmo. Acababa yo de comprobar la explicación racional a semejante misterio: un tendido eléctrico de antes de la Primera Guerra Mundial. Y unas bombillas casi fósiles.



Pero... ¿y lo que acababa de percibir en el recibidor al quedarme sola unos instantes? ¿Qué explicación tenía? ¿Imaginaciones?

–¿Es que te ha sentado mal el viaje? –me preguntó Sara mientras se secaba el pelo cerca de la chimenea.

–Es verdad, Cristina... Sigues con la cara tan blanca como la pared.

¿Y de qué color querían que la tuviera, tras la escena del recibidor?

El resto de la noche pasó sin sobresaltos. Subimos a nuestros dormitorios: uno para Rafa y para mí. Uno para Sara y Carla. Y un trastero con una cama desplegable para Manu.

–¿En serio? –decía mirando el cuartito de los cachivaches cuya ventilación era el ojo de buey de un buque fantasma–. ¿Voy a tener que dormir aquí durante una semana?

–Si te asustan los ratones, ya sabes, pedimos a los abuelos un par de trampitas –le dije.

–No hace falta –respondió Manu con gesto valiente– no me dan miedo. Además, la casa está llena de trampas. ¡Esto es un peligro!

El chico tenía razón. Había todo tipo de herramientas puntiagudas y oxidadas desperdigadas por el cuartito. La iluminación era incluso más vieja que la del recibidor. De modo que era posible que Manu amaneciera como un faquir loco, dormido sobre una cama de chinchetas.

Los abuelos, excéntricos y amables, nos ayudaron a instalarnos. Sacaron de un armario antiguo botes de pintura del año catapún para que pudiéramos colgar nuestra ropa. También tiraron botes de aguarrás que atesoraban en un botiquín para que dejáramos nuestros cepillos de dientes. Y, antes de la cena, nos prepararon unos baños reparadores, aunque a Manu le tocó una ducha exprés.

–Disculpa, hijo –decía la abuela ajustándose las gafas– pero es que el calentador no funciona últimamente muy bien.

–Las ánimas del purgatorio son muy aficionadas a taponarnos las cañerías –añadió el abuelo.

El pobre Manu salió de la ducha temblando. Y la abuela se empeñó en encenderle un viejo aparato de aire caliente que seguro estuvo instalado en el arca de Noé.

–Estoy segura –decía– de que en este aparato vive el alma de su antiguo propietario. ¡Lo compré en un mercadillo del pueblo! ¡Una ganga, hija!

La verdad es que el cacharro zumbaba como si estuviera poseído. El cable roído por los ratones chisporroteaba como una bengala y las resistencias amenazaban con saltar al agua de la bañera como los muelles de un colchón viejo.

–Mejor paso un poquito de frío –sugerí a la abuela, sin querer hacerle un feo.

¿Cómo era posible que los abuelos fueran tan descuidados? ¿Que la casona tenía fantasmas? Pues seguramente desaparecerían si se decidían a cambiar la instalación eléctrica completa, o ponían cuadros eléctricos con sus automáticos correspondientes. Debían sustituir las bombillas que chisporroteaban sobre cortinas y otros elementos inflamables. Necesitaban que alguien ordenase un poco sus cachivaches domésticos, sobre todo los productos tóxicos e inflamables. Necesitaban también que alguien les explicara que no es muy aconsejable acercar aparatos eléctricos al baño, sobre todo si está lleno de agua y tú chapoteas dentro.



¡Uf!, vaya panorama que nos quedaba para siete interminables días: sobrevivir a los abuelos, a sus imaginarios fantasmas, y a los chillidos de Manu cada vez que se sentaba en algún sillón y se llevaba clavadas en el trasero las agujas de croché de la abuela.

–¿Qué te ha pasado en el recibidor, Cristina? – me preguntó Rafa, que se había percatado de algo–. Sigues pálida.

–Una voz, Rafa... –le dije asustándome de mi propia afirmación–. Tan claro como te acabo de oír a ti, he escuchado perfectamente cómo una voz masculina, muy cerquita del oído, me susurraba algo.

–¿El qué?



-Me ha dicho que corremos... ¡PELIGRO!

Rafa cerró los ojos y cayó redondo al suelo. Se dio un tremendo tortazo.



4.

AL día siguiente, lunes, mientras desayunábamos, Manu se reía de Rafa porque llevaba una venda en la frente para tapar el chichón que se había hecho la noche anterior. Claro que Sara y yo nos reíamos mucho más viendo a Manu con la frente también vendada para tapar su herida por el golpe contra la puerta, la venda en el pie derecho, donde había sufrido la trampa para ratones y la poca gracia con que el Romeo de Carla disimulaba lo mal que había dormido en su cuartito para faquires.

–A media noche –se quejó Manu– me despertó el ruido de una ventana mal cerrada.

–No es de extrañar –comentó de inmediato la abuela mientras preparaba unas tostadas gigantes.

–Debéis saber cuanto antes –añadió el abuelo– que vivimos sumergidos en un *poltergeist* horroroso.

–¡Horroroso! –añadió la abuela que, sin darse cuenta, desenchufó la tostadora.

Al intentar volver a enchufarla, mirando hacia el microondas, donde calentaba la leche para prepararnos un cacao, metió la clavija del tostador en el fregadero cargado de cacharros a medio enjabonar. Claro, como el tostador no quería funcionar a base de espuma, el abuelo se levantó y coló directamente en el enchufe la clavija.

¡Pooooooooooooouhm!, escuchamos todos proveniente de la caja de los fusibles.

–¡Ay! –gritó Sara–, un auténtico *poltergeist*. Sin dudas.

–Para salir corriendo, vamos –apuntó Rafa mirando las nubes a través del ventanal.

–Con un poco de suerte, hasta nieva –dijo Manu, no muy convencido.

–¡Ahí lo tenéis! –gritaba la abuela aludiendo al bombazo de los plomos–. ¡El espíritu no permite ni que lo mencionemos!



Terminamos el desayuno en penumbras. Luego acompañamos al abuelo a revisar el cuadro eléctrico. ¡Qué desastroso! Había cables por todas partes. Y no estaba muy claro cuál venía de dónde, ni cuál se conectaba con qué.

–Es como un trabajo manual de Manu... –sugerí con una sonrisa ladeada.

–¡Marifina! ¡Por favor dame el celo! –gritaba el abuelo Atanas–. ¡Que esto lo arreglo yo!

Debía haberlo arreglado ya en ocasiones anteriores, pues el interior de aquel cuadro de control era un horror. ¡Había cables conectados con tiritas para las heridas!

Entonces, en ese justo momento, volvió a ocurrirme. Ahora estaba acompañada. ¡Volví a escuchar perfectamente la voz de un hombre que me susurraba algo al oído! Me quedé pálida y Rafa enseguida se dio cuenta de algo. Carla no tanto, porque andaba muy acaramelada con Manu, y este muy interesado en fingir que ayudaba al abuelo Atanas. Sara no se dio cuenta de nada, miraba fascinada las arañas que tejían hacendosas dentro del cuadro eléctrico.

–¿Otra vez? –me dijo Rafa, más pálido que yo.

–Sí... –conseguí farfullar.

–¿Y qué te ha dicho? –me preguntó.

–Que siente mucha pena, porque ya no puede zamparse un puchero de los de la abuela.

–¿Cómo? –gruñó Rafa.

–Te lo prometo, eso me ha dicho. Y que falta menos para que nos reunamos todos en el más allá...

–¡Llamamos ahora mismo a papá para que vengan a recogernos! –gritó Rafa.

Salió corriendo hacia el teléfono. Y descubrimos, estupefactos, que los ratones habían hecho un trabajo fino con el cable telefónico.

Dormimos muy poco a partir de la segunda vez que me habló el espectro para informarme de su pena y de sus gustos. El fantasma del puchero no volvió a aparecer hasta el martes. Y mejor que no lo hubiera hecho. No me lo esperaba. Y parecía que no le hablaba a nadie más que a mí. Curiosamente, la única que no creía en fantasmas. Esta vez, se lució.

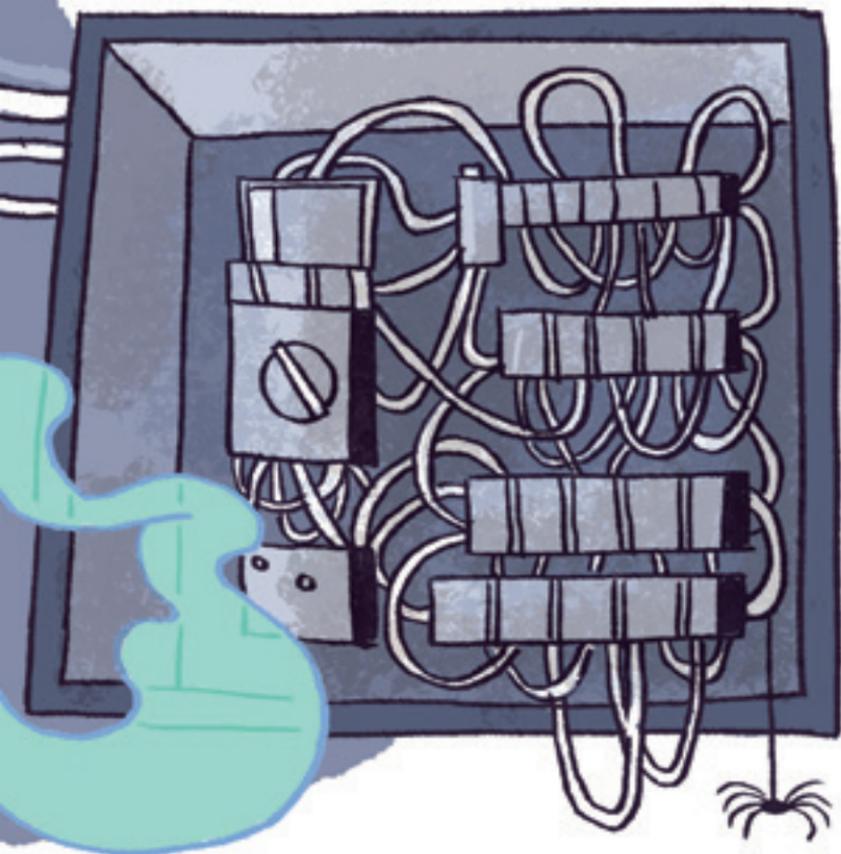
–Ay, qué ganas tengo de un buen gazpacho. Con jamón del bueno –me dijo el espectro–. Antes de



que acabe la semana, vais a acabar todos como pa-
nojas de boquerones...

-¿Apilados? -pregunté dudosa.

-Noooooooo... Insensata... ¡Fritos!



5.

INQUIETA por las advertencias de aquel fantasma que, posiblemente, solo existía en mi imaginación, comprobé de dónde venía el intenso olor a butano que siempre perfumaba a mis abuelos. Como ambos eran frioleros, mantenían la chimenea encendida en el salón, donde nosotros nos entregamos durante horas a un campeonato de parchís. Y además, los abuelos tenían en la cocina una mesa camilla, esto es, una mesa cubierta por unas enaguas, a modo de mantita de viaje. Pues bien, bajo las enaguas había un calefactor de butano, una especie de braserito cuya combustión, comprobé, iba peor que la de un coche de pedales.

—¿Desde cuándo no revisan estas gomas de butano, abuela? —le pregunté.

–¡Uy, hija! ¿Pero es que eso se revisa? –contestó ella.

¿Que si se revisa? Madre mía...

–Mira bajo el hornillo... –escuché que me susurraba el ente incorpóreo.

Y yo miré. Allí se encontraba la alcachofa, la llave que se ajusta a la bombona de butano, reparada en algunos puntos con el celo del abuelo Atanas.

El miércoles por la tarde, la abuela Marifina, el abuelo y sus amistades extemporáneas, que subieron del pueblo para la ocasión, se lo pasaron pipa montando una *ouija* en el salón. Nosotras, ya con nivel de profesionales, le dábamos al parchís y escuchábamos a los pitonisos convocando a los espíritus. Carla no estaba, se había escapado en bicicleta con Manu. Claro que no tardaron mucho en aparecer: otra vez la tormenta. Manu llegó agotado porque se les había pinchado una rueda.

–Qué raro –decía el abuelo Atanas–. Yo mismo reparé esa rueda hace unos días. Será un nuevo ataque de los espectros.



La noche del miércoles, cuando los amigos de los abuelos se despedían en el recibidor, la más dicharachera se acercó para decirme, a dos palmos de la nariz:

–Tened cuidado, pequeños míos. Esta casa está poseída por las fuerzas del mal. Dicen que los antiguos propietarios...

–¡Entraron en combustión espontánea! –terminó de tranquilizarnos el marido de esta peculiar señora.

Rafa, aferrado a mi antebrazo, se negó a dormir con la puerta del cuarto cerrada.

–Me da igual tener que aguantar este frío –decía el pobre tiritando–. Es el frío de la ultratumba...

–Anda, no seas tú ultraidiota –lo animé como pude, sin que nadie pudiera animarme a mí.

–¿Qué es combustión espontánea? –me preguntó desde su cama.

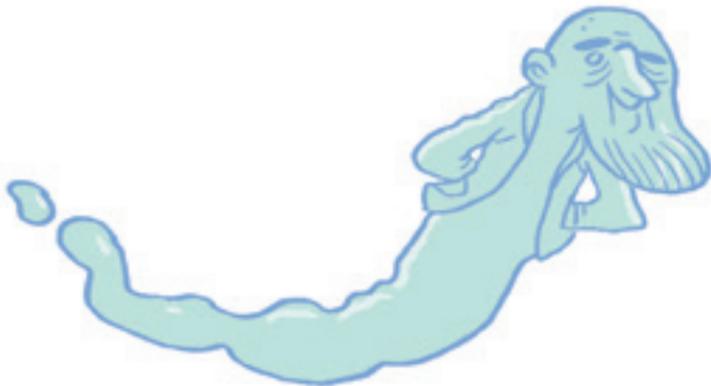
–Pues una cosa que no existe.

–Aún así, ¿qué cosa es?

–Pues nada, que dicen que hay personas que, sin causas externas aparentes, comienzan a arder. Y

son consumidas por las llamas, sin dejar ni una astillita.

–Muchas gracias, hermanita. Ya me quedo más tranquilo.



6.

EL jueves por la noche comenzó lo peor. Nos habíamos metido en la cama temprano, después de dar una buena paliza a Manu en el parchís. Fuera, la tormenta crónica que vivía justo encima de la vieja casona hacía de las suyas.

Era una noche tan horrorosa como la de nuestra llegada. O más.

Serían las tres de la madrugada cuando me despertó un intenso olor a chamuscado. Levanté los párpados con trabajo, pues me escocían los ojos. Había humo por todas partes. A través de la puerta entreabierta del dormitorio podían verse unas llamas voraces. Intenté despejarme. Me lancé sobre Rafa, para despertarlo. Con once años no tenía experiencia suficiente en casos de incendios y evacuaciones (tampoco yo, con unos años más).

En ese momento el pánico nos paralizó. Cada vez había menos visibilidad. Y menos oxígeno. Las llamas nos rodearon. Comenzamos a toser y no podíamos respirar. Cada vez tosíamos más.

Entonces volví a escuchar la voz del ente misterioso:

–Mantened la calma, pero avisa a tus hermanas y a los abuelos.

–¿Y a Manu no? –pregunté nerviosísima.

–A Manu también, ¡burra!

–¿Burra? –repuse extrañada y mareada por la falta de oxígeno.

–¡Qué rico ahora mismo un gazpachito! –exclamó la voz–. ¡No me distraigas, niña! –añadió autoritario–. ¡Sigue mis instrucciones o terminaréis todos como churros!

Rafa me veía hablar con alguien invisible y se echó las manos a la cabeza. Estaba perdiendo los nervios, seguro de que su hermana Cristina comenzaba a delirar.

Salimos del dormitorio y cerré la puerta de inmediato.

–Cierro la puerta por indicación del fantasma –dije con sensación de absurdo. Como si aquello



me lo hubiera ordenado una lata de anchoas, vamos.

Y como debía, comencé a despertar al resto de la familia.

Manu dio un respingo. Sara lloraba, Carla buscaba el móvil que llevaba en la mano.

Mientras intentábamos encontrar la puerta que daba a la escalera de atrás, descubrí que las llamas habían prendido el pijama de Sara.

–¡Envuélvela con una manta! –me ordenó Manu, decidido–. Lo vi en la tele.

Y así lo hice. Con la manta del cuarto de los abuelos, que era el que teníamos a mano. Me abalancé sobre ella y en dos segundos ya no había fuego, ni pijama. ¡Mi hermana andaba casi como había llegado al mundo! Pero por suerte no estaba herida.

Como la abuela Marifina no llevaba sus gafas de miope no terminaba de orientarse. El abuelo, en un arrebato de heroísmo, intentó descolgar de la pared un extintor para sofocar el fuego. ¡Pero no funcionaba!

Al poco yo gritaba directamente a todo el grupo lo que el fantasma me iba sugiriendo:

–¡No se os ocurra echar agua al fuego!

Sospechaba, y luego se comprobó, cuál era el origen de aquel incendio. Algún cortocircuito aliado con los escapes de gas de las bombonas en la cocina. De modo que nada de agua.

–¡Os quedáis sin oxígeno! –gritó el fantasma, al que solo podía oír yo–. ¡Al suelo, todos al suelo!

–¡A las escaleras de atrás, pero agachados, el humo va hacia arriba! –dijo Manu, que ya no me parecía tan tonto.

Pero mientras lo intentábamos, medio techo se nos vino encima. Alcanzamos a protegernos bajo una mesa que había en el pasillo. Y de repente, como una broma del destino, veo en el suelo desparrramada ¡una enorme colección de fuegos artificiales! Estupendo.

¡PIM! ¡PAM! ¡PUM! ¡RACATAPUM!... ¡PIIUM!

Al fin alcanzamos las escaleras traseras, las que daban al jardín y al estanque donde nadaban las carpas. Y debió de ser un espectáculo vernos a todos resbalar sobre los escalones que nadie había limpiado en los últimos años. ¡Uf! Qué manera de deslizarnos sobre el musgo. Y de masajear el coxis escalón por escalón.



Manu, nuestro héroe, saltó desde la planta de arriba directamente al estanque, ahorrándose el trámite del coxis por los escalones. Al sacar la cabeza del agua, llevaba una carpa prendida en la oreja.

–Un Indiana Jones de rebajas –fue lo último que me susurró el misterioso fantasma que con tanto acierto había guiado nuestra atropellada evacuación.

Sí, lo último que me susurró. Y desapareció para siempre. Hasta el día de hoy. Jamás me ha vuelto a hablar él, ni ningún otro espectro.

Lo que he contado a pocas personas, a muy pocas, es cómo, antes de desaparecer, el ente se manifestó. Lo primero que distinguí entre los vapores del fuego y los saltos de las carpas, fue su sonrisa. Luego los ojos juguetones, y me sorprendió que todos aquellos rasgos me resultaran tan familiares.

De lo poco que los abuelos lograron salvar del incendio fue un álbum de fotos.

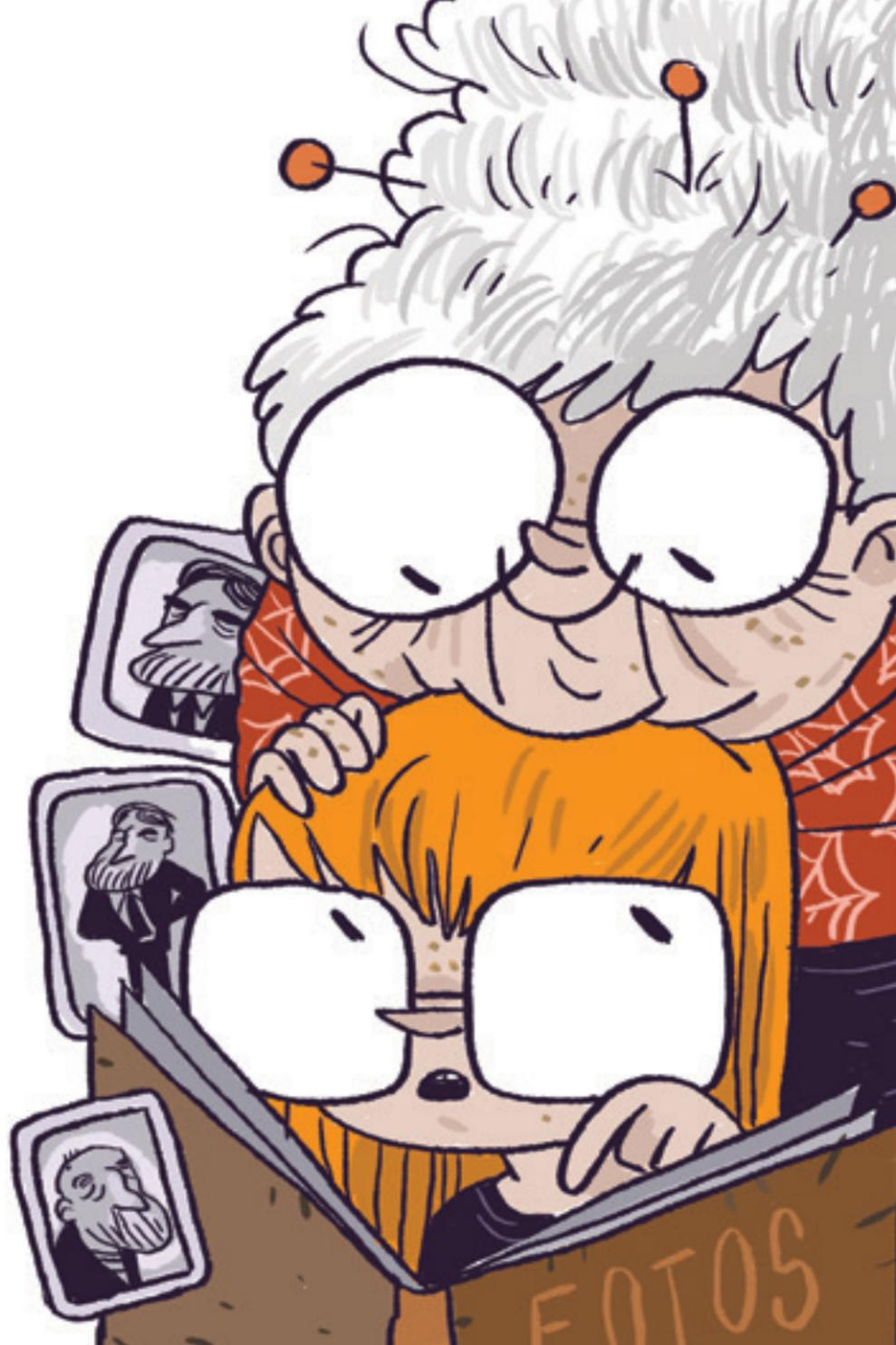
El reencuentro con nuestros padres fue muy emotivo; creo que aún nos humeaba el pelo. Y decidieron llevarnos al hospital, claro, sobre todo para ver si Sara tenía alguna quemadura.

Aún no me explico cómo cupimos todos en el Citroën Dos Caballos.

Algunas semanas más tarde, andaba yo contemplando las fotos del álbum familiar de los abuelos Atanas y Marifina, y casi me da un síncope al reconocer los ojillos traviesos que le distinguí al espectro cuando se materializó un instante junto al estanque de las carpas.

–Ese era tu abuelo –me sorprendió la abuela Marifina, mirando la foto sobre mi hombro–. Era bombero –dijo con una sonrisa.

–Abuela –dije recobrando el aliento–. ¿Me puedes enseñar a hacer gazpacho?





En esta historia que acabas de leer, los personajes no siempre actúan como debieran frente a una catástrofe. De hecho, muchas de las situaciones de peligro se generan porque no adoptan conductas seguras y responsables en su vida cotidiana.

La familia de Cristina debería tener en cuenta los siguientes puntos:

Para prevenir INCENDIOS

- No pongas prendas a secar cerca de estufas o radiadores eléctricos.
- Evita colocar estufas o braseros cerca de muebles o cortinas; tampoco cerca del agua.
- No juegues con encendedores, cerillas, velas, mecheros...
- Si hueles a gas, no enciendas la luz: se podría producir una chispa y originar un incendio.
- Si tus padres fuman, adviérteles que no deben fumar en la cama.
- Se debe comprobar que los cigarrillos están bien apagados antes de vaciar el cenicero en la basura.
- Las conexiones en el mismo enchufe pueden provocar sobrecargas en la instalación eléctrica y cortocircuitos.

NO OLVIDES

- Si durante un incendio tu ropa sale ardiendo, párate tírate al suelo y rueda.
- Si le ocurre a otra persona, busca una manta o algo semejante y cúbrela con ella. Así podremos sofocar las llamas.

Importante en caso de EVACUACIÓN

- No corras, no te pongas nervioso, no te detengas ni te quedes parado. No empujes.
- No utilices los ascensores. Nunca vuelvas hacia atrás.
- Si al sonar la alarma te encuentras en los aseos o en otros locales anexos de la misma planta, incorpórate al grupo más próximo que vaya hacia la salida. Si estás en otra planta, incorpórate al grupo más próximo que vaya hacia la salida, comunicando tu situación al profesor y dejando claro tu nombre y el curso al que vas.

Para prevenir ACCIDENTES

- En clase
 - No te metas objetos en la boca: puedes atragantarte, cortarte, asfixiarte...
 - Intenta no sobrecargar tu mochila, o utiliza una con ruedas.
 - Es muy importante que sigas las instrucciones de tus profesores en todo momento. En especial en las excursiones (ya que estás fuera del entorno escolar), en las actividades que se salgan de lo común (experimentos, uso de materiales más o menos peligrosos, etc.), en las evacuaciones, etc.



- Utiliza el material escolar de manera adecuada. Los lápices, tijeras, pegamento, etc. no son juguetes.
- En el colegio, no corras por pasillos o en clase. Puedes caerte o golpearte con algún mueble. No tires objetos al suelo.
- Respetas las indicaciones y señalizaciones del colegio.



En tu VIDA DIARIA

- Ten cuidado con las puertas, podrías pillarte los dedos.
- Aunque ya eres mayor, no olvides lavarte las manos antes de comer.
- No comas con prisas. Mastica bien para evitar atragantamientos.
- Cuando practiques cualquier deporte, ten cuidado y respeta a tus compañeros. Evita las lesiones.
- En la piscina respeta las normas. No empujes a tus amigos porque puede resultar muy peligroso.
- No debes ingerir medicinas que no te suministre un adulto.
- Si ves un envase con un líquido y no tienes identificado su contenido, no lo bebas.
- No te subas a los muebles para coger objetos que estén en lo alto. Pide ayuda a un adulto.
- No pasees con los auriculares puestos. Si hay algún peligro no te enterarás.

Los padres de Cristina se van de crucero. Ella y sus hermanos quedarán al cuidado de los abuelos, que viven en una casa muy peculiar...

Una divertidísima historia de fantasmas, desastres domésticos y peligros cotidianos.

Este libro pertenece al proyecto educativo de prevención y seguridad vial de Fundación MAPFRE, cuyo objetivo es fomentar la prevención de accidentes en la infancia en el ámbito doméstico y escolar se centran en la adopción de conductas seguras y responsables, implicando a la familia y a los educadores.

Estos materiales pretenden dar a conocer dónde y por qué ocurren los accidentes e incidir en cómo la adopción de ciertos hábitos puede contribuir a reducirlos y evitarlos.

Si deseas más información sobre el proyecto educativo de Fundación MAPFRE ponte en contacto con nosotros a través de:

www.fundacionmapfre.org
www.educatumundo.com

Fundación
MAPFRE

Ejemplar gratuito.
Prohibida su venta.

1 4 3 0 5 5



8 435240 539386